

LOS PECADOS DEL HOMBRE DE HOY

Por RENZO RICCIARDI

El semanario milanés "Europeo", en sus entregas Nos. 31-38 (11/8 - 29/9 ppdo.), ha publicado un servicio sensacional del periodista Gian Franco Vené: "Los pecados de los italianos". Se trata de una encuesta llevada a cabo entre un número no precisado de confesores de toda la península itálica para buscar las tendencias típicas de los penitentes, es decir, la minoría de los católicos practicantes, en este período post-conciliar.

Como el periodista reconoce, no todos los sacerdotes se prestaron a participar en una encuesta tan delicada, que lógicamente ha provocado reacciones muy distintas en el público. No hubo ninguna toma de posición de la Autoridad Eclesiástica, aparte el artículo de un conocido teólogo en L'Osservatore Romano; pero no faltaron comentarios de sacerdotes y religiosos en la misma revista y en otras publicaciones; y todos, aun reconociendo que no se había violado el secreto de la confesión de parte de los entrevistados al hablar de los pecados sin individuar a los pecadores, y hasta subrayando la seriedad con que se había llevado a cabo la encuesta, hacían algunas críticas y reservas sobre las cuáles tendremos oportunidad de volver.

Creemos interesante dar un resumen de los artículos, pues "los pecados de los italianos" nos parecen los pecados de todo el mundo, en este momento, y se prestan a ciertas consideraciones que deben hacernos meditar a todos, laicos, clérigos y Jerarquía. La encuesta puede ser considerada; según la óptica de quien la mire, como un escándalo o como un signo de todos los tiempos; en ambos casos tiene un valor, pues Cristo no enseñó a sus discípulos a cerrar los ojos en presencia de la realidad o a ser tímidos. Dijo, es verdad: "¡Ay de los escandalosos!"; pero añadió a continuación: "oportet ut eveniant scandala", también los escándalos son necesarios o, como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga. Y sin llegar al punto de aconsejar a los apóstoles a realizar encuestas, les invitó una y otra vez a mirar las "señales de los tiempos".

Los casados

"Es humillante —dicen los sacerdotes— que la absoluta mayoría de las confesiones se centre sobre el sexo. Sin embargo, la vida sexual es sólo una parte episódica de la existencia. Una fracción del clero estamos empeñados en transformar las confesiones, concebidas como un catálogo de pecados, en un examen más extenso y responsable de toda la conducta personal. Y no es una tarea fácil; se consigue con menos dificultad que un penitente rompa una relación ilícita que el que acepte manejar con mayor sentido de responsabilidad, por ejemplo.

Según parece, el adulterio es el más frecuente de los pecados de que se acusan los casados. La primera causa estriba quizá en la malentendida "promoción de la mujer" en el mundo de hoy: ésta cree reconquistar su autonomía abusando de lo que ha constituido por siglos la causa de su inferioridad. La mujer está desorientada por el choque entre la vieja moral, cuyos soportes se vienen abajo, y las nuevas realidades no asimiladas aún. Su drama es que, por un lado, siente el peso de la monotonía familiar y, por el otro, no logra verse una persona autónoma sin degradarse. Para las muchachas es otra cosa; pero las mujeres de 30 años para arriba la generación que tiene aún sus raíces en la moral tradicional, están en su mayoría desorientadas. Cuando una de ellas declara al confesor: "Padre, en mi casa me tratan como una piltrafa", nueve veces sobre diez es una mentira; la mujer viene tratada exactamente según las costumbres del convencionalismo burgués en que ha sido criada. Pero hoy la mujer se siente más importante, más merecedora de consideración.

Otra causa es el hundimiento del "mito del marido". Después de diez o veinte años de casado el hombre medio, a pesar de tener una buena situación económica, un carro y hasta una casa en propiedad, está muy lejos de ser un ser excepcional, una personalidad, un jefe; la desbandada de la mujer es tal vez la desbandada de las ilusiones provincianas. Y, por supuesto, tanto para él como para ella existen las mayores tentaciones de la fábrica, de la oficina, de la profesión. Es sintomático que la crisis matrimonial afecta más a las familias superficialmente religiosas (la mayoría) que a las arreligiosas.

El periodista, al relatar la opinión de la mayoría de los confesores entrevistados, llega a esta sorprendente conclusión, que resulta ser uno de los leit motiv de la encuesta: en conjunto, y a pesar de que la gente se salga de la vida moral llevada por las infinitas tentaciones del mundo moderno, en el fondo va en busca de un equilibrio, una integridad, una perfección, con un ahínco casi desconocido en el pasado. Tienen quizá más descaro en la vida y hasta en el confesionario; pero, mientras antes se preocupaban únicamente de observar los preceptos, hoy existe mayor espontaneidad y sentido de responsabilidad. ¿Quién lo hubiera creído?

Y trae colación un ejemplo para explicar un tópico que a mí, y quizás a muchos lectores, no resultó muy claro. Antes, dice, había libros y revistas de casuística moral (¿y por qué no añadir opúsculos de preparación a la confesión?) que codificaban, entre otras cosas, los tipos de besos. Un hombre o una mujer que hubieran querido confesarse según las reglas, habrían debido examinar la lista de los besos y decirse a sí mismos: esto lo he hecho; esto, no; esto, quizás sí... Tomar nota e ir a confesarse.

Hoy la gente aspira a ganar en conciencia y responsabilidad; no es que el beso pecaminoso haya desaparecido, al contrario; pero es el pecador mismo el que se percata de su mayor o menor peligrosidad; y no lo advierte como una simple violación de la ley, sino como una nota desafinada en la armonía vital de su

alma. "Quiero decir, explica un sacerdote, que la medida del pecado no viene tomada en frío por el penitente según reglas tradicionales establecidas, sino algo de que se percata, caso por caso, el mismo penitente."

La moralidad juvenil

"¿No existe el peligro de que se establezca una moral laica o, peor aún, arreligiosa?", pregunta el periodista.

"La verdadera victoria del demonio, en nuestra época, es la indiferencia; y la voluntad de juzgarse por la propia conciencia puede ayudar a romper esta valla de hielo. En todo caso, debe tenerse en cuenta la diferencia de edad, no confundir la nueva generación con los adultos y los viejos. Los jóvenes de hoy se creen responsables no sólo del mal que hacen a sí mismos, sino también a los demás. Por ejemplo, las muchachas de hoy no se limitan a acusarse de sus pecados: se creen responsables también de los que han provocado en los demás."

Por supuesto, no todos los confesores están dispuestos a reconocer esta mejora de la moralidad juvenil que quiere salirse de las formas rutinarias y tradicionales. Esto es más propio de los levitas más jóvenes. Según ellos, es el pecado de los adultos el que contagia, en la mayoría de los casos, a la juventud. De los 12 a los 14 años casi todas las chicas se acusan de culpas, leves o graves, relacionadas con el sexo: la precocidad es indudable, pero muchas veces es fruto de inexperiencia, de ingenuidad, un efecto del ambiente corrompido en que viven, y son los adultos los que lo han creado y lo mantienen. "Hacemos como todos", dicen a su disculpa, indicando cómo la influencia pernicioso de que rezuman revistas, películas y espectáculos de televisión tiene su efecto inmediato: afloja el recato, hace creer normales o no culpables acciones prohibidas. ¿Deberá concluirse que los frenos inhibitorios se han relajado? Además, resulta que casi todas las muchachas que se confiesan se muestran, sobre todo, ansiosas de un verdadero afecto, y quizá son sinceras. Al contrario, las mujeres adultas disfrazan bajo la necesidad de cariño exigencias muy distintas.

Qué confiesan los padres

Generalmente tienen en la cabeza un catálogo de pecados que deben evitarse, el mismo que aprendieron cuando se preparaban para su primera comunión. Por ejemplo: "¿Has mirado imágenes inmorales?" Si no las hubiesen mirado deberían ser ciegos, porque ahí están las fotografías indecentes de los periódicos, los dibujos sugestivos de la propaganda, el cine y la televisión que entran en todos los hogares.

Acerca de la tendencia a poner en discusión las reglas más tradicionales de la confesión, han coincidido todos los sacerdotes interrogados; hasta los párrocos de las aldeas de campo, hasta los curitas que actúan en las áreas deprimidas. Algunos han lamentado la sobrevivencia de reglas episcopales que parecen hechas de propósito para sugerir la hipocresía, como los bancos de ciertas iglesias aldeanas separados por sexo o la prohibición a los sacerdotes de asistir a cualquier espectáculo de cine, también el más inocente, o a partidos de fútbol. "¿Y cómo los entretengo a los muchachos si me quitan el cine y la pelota? ¿De qué les voy a hablar?" Esta resistencia a todos los aspectos de la vida moderna, por otra parte, no es una especialidad de las pequeñas diócesis periféricas: el año pasado el Arzobispo de Génova dedicó una carta pastoral a las mujeres en pantalones y otro Cardenal prohibió a los sacerdotes, durante el Sínodo diocesano, llevar la boina.

En los niños, dicen los confesores, se encuentran, apenas esbozados, por supuesto, los mismos desequilibrios de los padres, divididos entre una realidad nueva y su mentalidad vieja. Esto ha pasado en todos los tiempos; pero hoy ha ido en aumento por dos circunstancias nuevas: las mayores atenciones para con los hijos y el ansia de éxito, la conquista del bienestar a cualquier precio de los mismos padres, que procuran a los niños todos aquellos lujos, facilidades y diversiones de que ellos mismos carecieron: un sistema excelente para echarlos a perder desde la más temprana edad. Desde siempre la desbandada de los padres ha influido en la mentalidad infantil; pero hoy la educación equivocada lleva consigo auténticos gérmenes patológicos que empujan sin quererlo a los niños hacia la anormalidad.

En el mundo de hoy, donde prevalece la ley de la jungla, los principios morales no encuentran ningún terreno fértil: la familia, que está construida sobre la base de estos principios, se vuelve odiosa a los ojos de estos pecadores como la imagen de un bien perdido. La más grosera válvula de escape es la evasión sexual que, según afirma un confesor, no es, sin embargo, la peor de todas: las tentaciones sexuales suponen inquietudes, insatisfacciones que podrían tomar distintos rumbos y manifestarse en formas socialmente más peligrosas. El adulterio es una consecuencia del desorden vital.

La clase media. Las personas de esta categoría social están muy lejos del espíritu religioso; sus confesiones (¿cuando se confiesan!) están viciadas por el formalismo y una actitud torcida que a menudo se acerca a la patología. En todo caso, de las respuestas de los confesores resulta este dato común: la inconformidad de muchos sacerdotes a aislar el pecado aislado, la búsqueda de las raíces más allá del hecho por sí mismo, la indagación de sus causas y sus consecuencias en los hijos, la familia, los dependientes: en una palabra, la actitud social del pecador. Desgraciadamente, el pecado social, es decir, el comportamiento injusto, tiránico o equivocado hacia el prójimo es el menos advertido y, por ende, el menos confesado de todos.

Por mucho tiempo en Italia (¿sólo en Italia?) la moral católica ha sido confundida e identificada con la moral burguesa. Ahora que la Iglesia quiere perentoriamente reivindicar su autonomía en todos los campos, la oposición de parte de la clase media ha sido furibunda: tienen miedo que el castillo de hipocresías y las cómodas penitencias del confesonario se derrumben a la par. ¿Quiénes son los que se oponen al uso del clergyman de los sacerdotes? ¿De dónde han salido las protestas más vehementes contra la Misa en vernáculo? De un sector social muy preciso; el mismo que hasta ahora ha hecho lo que le venía en ganas, dejando al sacerdote el exiguo derecho de hacerle rezar tantos padrenuestros, avemarías y glorias por los pecados cometidos. El lema "nos están cambiando la religión" acusa un miedo tremendo, pues sobrentiende: "Nos están cambiando la sociedad y todo lo que hemos creído válido hasta hoy va a derrumbarse."

"Ahora que se habla de sentido cristiano de la vida, ahora que el sacerdote quiere ir más allá de los pecados aislados para juzgar la vida del penitente bajo todos sus aspectos (y es una forma de ayudarlo a tomar conciencia de sí mismo y del mundo en que vive), esta gente habla de traición."

¿Supervivencia del pasado?

"El pecado, tal como lo conocemos hoy, tiene cuatrocientos años", dice un teólogo, profesor universitario. "Hasta principios del 1600 se tenía un concepto del pecado, inspirado en las Escrituras, que abarcaba toda la conducta de la vida. Luego vino el 1600, siglo reaccionario y miedoso recién salido del Concilio de Trento, a codificar los pecados y dictar normas que

tenían poco que ver con una concepción auténticamente cristiana de la vida.”

A través del Concilio, se dice, la Iglesia ha dado su reconocimiento al mundo moderno, ha puesto el acento en la misión de los laicos; es decir, ha tomado acto de una situación madurada en los últimos decenios y que no había sido reconocida hasta hoy. Una parte del clero, y una fracción muy extensa de la Jerarquía, son los mismos que en los últimos decenios no quisieron reconocer lo que estaba madurando. Para los que se guían por los viejos esquemas, sobre la base de los preceptos que por siglos han regulado la conducta moral de los católicos, aceptar el tiempo en que vivimos es verdaderamente una hazaña trágica. Según la pauta de los preceptos, nadie se salva, vivimos en el infierno. ¿Es verdad? Si preguntamos a los párrocos, aun a los más retrógrados, contestan que no. En conjunto, el hombre de hoy no está más cerca del infierno que el de ayer.

“El cúmulo de los preceptos —continúa el teólogo— es un dique absurdo contra el mundo moderno, un dique frágil e inadecuado. La moral preceptiva se ha puesto en crisis por sí misma; cualquiera entiende que el hombre contemporáneo necesita guías morales muy distintas de las amonestaciones sobre la forma de vestirse; la integridad moral de una mujer no está en llevar la falda en lugar de los pantalones. El Concilio ha asignado al clero una misión que no puede agotarse en hacer respetar a los fieles unas reglitas para no pecar que datan de cuatro siglos. Sin embargo, se necesita ir despacio y con mucha cautela. ¿Le parece, por las respuestas que ha recibido —pregunta el teólogo a Vené—, que el clero está de acuerdo en superar los confines de la moral preceptiva, respetar el mayor sentido de responsabilidad del hombre contemporáneo y examinar su comportamiento de conjunto sin fraccionarlo en pequeñas acciones buenas o malas, meritorias o reprobables?”

“No —responde el entrevistador—, no todos, por cierto; pero sí la mayoría de los que he interrogado. Casi todos hacen esfuerzos para sintonizar sus ideas tradicionales con la realidad de la vida de hoy. Sin embargo, ¡cuidado!, muchos sacerdotes y seglares juegan con la idea de la modernidad; suponen que el puente entre lo viejo y lo nuevo está ya construido o próximo a construirse, y aquí está el peligro, porque no es verdad.”

El pecado social

¿Es pecado o no es pecado, en el sentido religioso, no respetar las leyes laicas de la sociedad? En concreto: ¿es pecado o no es pecado engañar al Fisco? ¿Es pecado o no es pecado ir contra el propio Sindicato o asociación gremial, corromper a un funcionario público o hacerse corromper, o tan sólo aceptar regalos? Hoy, aun cuando se trate de evasiones sexuales, el sacerdote no las pasa por alto, por supuesto, sino examina el asunto en un marco más adherente a nuestro tiempo, en base a la incidencia de estas evasiones en la vida y sus repercusiones en la familia y en la sociedad. Pero para el católico de hoy, ¿en qué medida es pecado influenciar o evadir su tarea social? ¿Es pecado engañar al Fisco?

Ahora, sí. Antes del Concilio, y por mucho tiempo, la Iglesia no tomaba posiciones decididas en el asunto. Sí, al César lo que es del César... pero ni el confesor indagaba acerca de estas evasiones ni al penitente se le ocurría que era preciso confesarlas. Ahora, tanto en el campo teológico como en el campo práctico, es decir, a nivel de los confesores, las cosas han cambiado. Se declara que la evasión fiscal de cierta importancia debe considerarse pecado grave. No sé cuántos sacerdotes interrogan al penitente en materia fiscal, pero deberían hacerlo.

Deberá el confesor preguntar al penitente: “¿Está

usted en regla con los impuestos? ¿Ha corrompido o, si es funcionario, aceptado primas indebidamente? ¿Manejó con escrúpulo o se aprovechó de algún dinero de los fondos públicos?” Creemos que el penitente está más dispuesto a confesar los extravíos extraconyugales que el haber sido un mal ciudadano. Por declaración unánime de los sacerdotes, el pecado social es el menos confesado entre los pecados.

“Tengo sesenta años —declaró un sacerdote— y no me siento con ganas de improvisarme agente fiscal. ¿Imagina usted la sorpresa de un penitente, acostumbrado a oír cierto lenguaje en el confesonario, siempre pronto a contestar sobre ciertos argumentos y deseoso de ser confesado por aquellos pecados y no por otra cosa, se imagina usted cómo va a quedar si le pregunto: “¿Estás en regla con los impuestos? ¿Estás seguro de no haber firmado cheques sin fondo? ¿Has pagado este mes todas las cuentas por los corotos comprados a crédito?” Y si el penitente me contesta: “No, Padre, no he pagado un giro y he presentado una declaración infiel”, ¿qué le voy a decir? ¿No lo absuelvo? Y si me demuestra que está en serias dificultades, ¿cómo hago para que se comprometa a no pecar más socialmente en el porvenir? Es un campo demasiado complejo donde, fuera de las prédicas, no sé qué otra cosa pueda hacerse.”

Esta y otras respuestas por el estilo, referidas por el periodista al teólogo, provocaron este comentario: “¿Qué le decía yo? Si usted quiere tantear el comportamiento de los católicos no puede menos que tener en cuenta también las vacilaciones del clero en aceptar o, mejor dicho, en sentir las nuevas disposiciones conciliares. La mayoría del clero parroquial es de extracción campesina y abraza la convicción, por poner un ejemplo, de que si uno roba a la nación cien millones de liras y entrega veinte millones al párroco para la construcción del nuevo campanario, la moralidad está a salvo: es una de las tendencias típicas de los grupos sociales encerrados en sí mismos, fundamentalmente hostiles a la vida colectiva que salga de los confines de su aldea.” Por el contrario, la clerecía que mejor entiende el espíritu del Concilio y con mayor tenacidad espera llevar poco a poco los fieles a una vida social más empeñada, quisiera que en el confesonario se hablase también de las cantidades prestadas por el Estado para financiar la industria o la agricultura y del uso que se haga de este dinero público. “También el uso indebido del dinero público es un pecado, y un pecado grave. Los abusos están al orden del día y no es nada fácil hacer penetrar ciertos tópicos en las conciencias. Mire usted: el Papa ha amonestado a los fieles por los numerosos accidentes de tránsito, muchos de ellos mortales, habidos durante las vacaciones de agosto; y, sin embargo, casi nadie confiesa el pecado de haber puesto en peligro la vida ajena y la propia manejando a una velocidad que rebasa los límites de seguridad, tal vez bajo los efectos de estimulantes alcohólicos.”

Sin embargo, hay algunas tímidas excepciones: en los confesonarios de Roma y de Milán los penitentes empiezan a confesar sus pecados de corrupción: “Padre, para lubricar mi expediente que se había atascado en los engranajes burocráticos (o para evitarme una cuantiosa multa) tuve que pagar una crecida suma a un funcionario...” Y el periodista comenta: “El que da se arrepiente y es bastante sincero cuando manifiesta su propósito de no volver a incurrir en la misma falta. El que recibe se calla también en el confesonario.”

El pecado de fábrica

“Padre, ¿le hablan tal vez de huelga en las confesiones?”

“De vez en cuando, algún penitente confiesa como pecado el no haber participado en la huelga junto a sus compañeros.”

“¿Y usted qué le dice?”

“Yo, casi siempre, no sé qué decirle.”

En el suburbio de una gran ciudad industrial dos sindicalistas católicos, a pocos días de distancia uno del otro, expusieron sus conflictos de conciencia: uno había aceptado un millón de liras de la dirección de la fábrica para dimitir de la Comisión interna; el otro había rechazado la misma cantidad, privando a sus familiares de atenciones médicas que en aquel momento necesitaban. El párroco que contó estos dos episodios recibió las confesiones, dice, como problemas que ameritan serias reflexiones.

“¿Cuándo es que un pecador individual se vuelve pecador social, y viceversa?” se pregunta Vené. “¿Dónde está, en definitiva, el punto de contacto entre las interpretaciones laicas que ven al mundo moderno como compuesto de átomos independientes y egoístas y el que he vislumbrado a través de las declaraciones de los confesores, según el cual los átomos-hombres más conscientes no encontrarían paz sino actuando para la colectividad?” Y cita el caso de algunos gerentes de una metrópoli norteamericana que tienen a su cargo la dirección del personal de grandes empresas industriales cuando la Junta decide el despido de cierto número de obreros. “Existen en esta ciudad, declara un párroco, de 20 a 25 personas con cargos gerenciales y todos, menos dos o tres, han transformado los hechos que dieron ocasión a movimientos sociales en argumento de confesión. Han venido a la iglesia con sus angustias de conciencia, no a buscar justificaciones, sino más bien valor para actuar. Entre esta veintena de dirigentes algunos han llegado a dimitir convencidos de las injusticias realizadas por sus empresas. Han renunciado a un cargo de prestigio y bien remunerado porque habían caído en la cuenta de que una vida de compromisos es moralmente imposible.” Antes, la intolerancia por la injusticia social ajena se traducía en la adhesión a un movimiento político o ideológico, y tenía como finalidad el cambio de las estructuras. Hoy, según lo que cuentan los confesores, las cosas han cambiado. Las protestas contra la deshonestidad circundante son una necesidad íntima. Tienen como fin establecer la paz en el alma de quien las promueve. “No va a cambiar nada, de acuerdo —dicen—, pero no puedo callarme.”

Esta nueva actitud del hombre de hoy, intuída por algunos párrocos inteligentes, parece hecha a propósito para favorecer la penetración del espíritu del Concilio entre los católicos. O es el espíritu del Concilio el que, si no la ha suscitado, por lo menos la está desarrollando.

La misma molestia que ciertos sacerdotes confiesan experimentar de preguntar a los penitentes si cumplen con sus deberes cívicos parece que afecta a otros cuando deben hacer preguntas a empresarios u obreros acerca de problemas económicos extremadamente complejos, de los cuales no tienen ninguna experiencia. ¿Cómo aplicar un juicio moral acerca de actos relativos a la economía, tales como monto de salarios, costos de producción, precios, coyuntura, etc.?

“Reverendo, ¿usted pregunta a un empresario acerca de su conducta con los obreros, despidos, etc.?”

“Por supuesto que es mi deber.”

“¿Y el penitente?”

“Me explica su posición.”

“¿Y usted acepta estas explicaciones?”

“Busco convencer al hombre que el bien común es más importante que cualquier otra cosa. Por consiguiente, si puede evitar los despidos con cierto sacrificio, está en la obligación de hacerlo. En caso contrario, es decir, si son necesarios para llevar adelante la empresa, y las cosas están realmente como él dice, puede tranquilizar su conciencia porque, al actuar así, al fin y al cabo ampara y garantiza la subsistencia de la mayoría de sus dependientes.”

“Pero, reverendo, ¿cómo puede usted controlar si los despidos son realmente necesarios?”

“No puedo hacerlo, claro: tengo que fiarme. Si el penitente dice una mentira, tendrá que arreglar cuentas con Dios.”

Una nueva conciencia social

“El hipócrita siempre está tranquilo; sufre, al contrario, quien en cualquier acción, aunque extraña a su esfera de acción, busca y encuentra la señal de su propia responsabilidad de hombre”, dice un cura joven. “Si en el cristiano de hoy se notan síntomas de renovación —síntomas positivos—, están precisamente en el sentirse uno responsable o, en todo caso, mezclado con todo lo que sucede. Hay jóvenes entre mis penitentes que no encuentran sosiego para todas las torceduras que advierten a su alrededor. Estas inquietudes a menudo encuentran desahogo en la política, y quemar; pero hoy me parece que despiertan un novedoso sentido de culpa que incide bastante en el comportamiento individual. Usted no se imagina cuántas veces la confesión es sólo un pretexto, el inicio de un diálogo que tiene como objeto, desproporcionado para nuestras capacidades, el significado de la vida, el alcance de la responsabilidad individual en cada acontecimiento.”

“¿Cuántas veces, Padre?”

“Hablo de minorías, por supuesto. Pero hace diez años estas mismas minorías ejercitaban su empeño moral en resistir a las tentaciones y vivir limpiamente por su cuenta; hoy quien se plantea un problema moral lo hace en forma activa, no defensiva.”

Se ha denunciado en estos últimos años las crisis que pasan ciertas instituciones —partidos políticos, ideologías— que los sociólogos dan sin más por moribundas. En todos los países los partidos —todos los partidos, no sólo el comunismo— están divididos y se van fraccionando en corrientes y tendencias que son una señal evidente, si no de su propio desmoronamiento, de la inconformidad siempre mayor que experimentan muchos de sus adherentes. El sentido de culpa tan difundido entre los jóvenes actúa como levadura: se descubren responsabilidades indirectas, revelando en el hombre de hoy el principio de un cambio, una concepción de conjunto de la vida como debería ser o como se querría que fuese. ¿Tienen razón los sociólogos que ven en el hombre una víctima pasiva de la realidad moderna o algunos de nuestros sacerdotes ansiosos de descubrir en la actividad de los hombres contemporáneos los primeros indicios de un deseo de penetrar con el propio bagaje moral en la vida de la colectividad?

El autor de la encuesta remacha lo que ha dicho en sus artículos, “parte con las palabras de los confesores y parte con las propias”, que el pecado tradicional, tradicionalmente entendido, está en crisis. El hombre que más intensamente siente la vida de nuestro tiempo, y no quiere someterse a ella, sacrificándole los viejos soportes del comportamiento moral, mide cada acto no según el metro de las normas tradicionales, sino con la propia conciencia de católico. Cree que el pecado no está en el acto en sí, sino en sus causas y en sus consecuencias. Estimulados por el Concilio Vaticano II y por la misma realidad, los sacerdotes que están en condiciones y tienen voluntad de hacerlo buscan infundir en el ánimo del penitente que para ser puro no basta no violar el sexto mandamiento, sino es necesario también pagar los impuestos, no corromper a los demás ni alterar los productos que se venden y, en general, acatar las leyes sociales. Por supuesto, muchos clérigos se asustan tal vez al constatar que los aspectos humanamente positivos de ciertas confesiones que denotan sentido de responsabilidad se alejan del conjunto de los preceptos tradicionales en la medida en que rozan el protestantismo. Respetar la conciencia ajena, tener confianza en ella, saludar sus manifestaciones como la mejor señal positiva de nuestro tiempo está muy bien, pero ¿cómo guiar entonces todas estas conciencias individuales en el crisol único de la sociedad, donde se pretende que reaccionen en una forma armónica y unísona? Aquí la respuesta debe darla la Iglesia con las nuevas directrices que ha impartido y seguirá impartiendo al clero y a los laicos.

Aquí termina el resumen de los artículos de Vené. En la próxima entrega haremos nuestras críticas y sacaremos las conclusiones.